

Homilía de Juan María De La Torre
Monasterio de Armenteira – 2011
5º domingo de Cuaresma

Partiendo siempre de que el evangelio de Juan es el evangelio de los signos, la liturgia ha escogido en estos últimos domingos una serie de signos. El domingo anterior, la curación del ciego de nacimiento. El domingo anterior, precedente a este, el diálogo con la samaritana, el signo del agua viva. Entre semana, la curación del paralítico de la piscina de Siloé. Y ahora el signo magnífico por excelencia, el último de todos, que el décimo que aparece en el evangelio de Juan es la resurrección de Lázaro. A partir de aquí el evangelio da un pequeño vuelco. La palabra resurrección cae mal, es decir no se adapta al término bíblico. En términos bíblicos resurrección no existe; existe levantarse, despertar, ponerse en pie. Pero resurrección no. Indica volver otra vez a lo de antes. Un gran comentarista de Estados Unidos que tiene un comentario sobre Jesús y su ambiente en seis tomos, hablando de este pasaje, a mí me desmoronó.

Me desmoronó, me refiero, me descorazonó, diciendo que Lázaro había salido del sepulcro con los pies y las manos atados con vendas y la cara envuelta en un sudario porque lo iba a necesitar después, cuando muriera por segunda vez. Absurdo, completamente absurdo. No creo en esto. Imposible.

Menuda faena este ser amigo de Jesús para hacerle morir dos veces, para hacer una segunda edición de esta miserable vida que es lucha, combate. No, no. Con una vida llega. Hacer una segunda edición de nuevo con miserias, con corrupciones, con luchas, con fracasos para después otra vez ir al hoyo. No, no hombre, no. Esto no puede ser así.

¿Qué es esta vida? La que está proyectando el evangelio de Juan; que es vida plena ligada a la gloria de Dios. En el diálogo que tiene precedentemente con las hermanas de Lázaro y con los discípulos, Lázaro ha muerto para que se manifieste la gloria de Dios; la gloria en íntima conexión con la vida. Por tanto, es una vida plena.

Esta vida no es plena. Esta vida, como decía Santa Teresa, es una triste noche pasada en una mala posada. Y no hay más vuelta de hoja. Menudo regalo que hace el amiguito. No se dice que Lázaro muriera, Lázaro entró en la vida. Hay un trasfondo que conviene que a la liturgia siempre hay que verlo con los armónicos, como la música igual; no solamente la línea melódica, sino la armónica.

Y la armónica nos la establece la liturgia, el pasaje del profeta Ezequiel. Hoy precedentemente está la gran escena de los huesos secos, esos huesos que están para Ezequiel. Lo concibe al mundo como una especie de llanura inmensa, pero de repente hay una especie de boquete, una hondonada, el valle; un corte de terreno profundo y está lleno de huesos. Y le dice Dios a Ezequiel: "¿Crees que esos huesos cobrarán vida?". "Tú lo has dicho, Señor".

Inmediatamente viene un viento, se junta hueso con hueso, ese hueso se va revistiendo de nervios, pone nervios la carne. Todavía esa carne está tumbada, viene otro viento, lo levanta y se convierte en vida. Y ahora estos dos últimos versículos hacen referencia, habla de sepulcros, no de una especie de fosa común que expresaría el profeta Ezequiel; pero viene a decir lo mismo, el sepulcro como una especie de fosa, fosas individuales o concretas. Y en esa fosa hay dos verbos: sacar y llevar. Os haré salir de vuestros

sepulcros, es decir, os sacaré de vuestros sepulcros, el término más adecuado, y os llevaré a la tierra de promisión. Extraer y sacar. Cuando algo se nos cae en un fondo, lo sacamos y luego nos lo llevamos.

Hay un trasfondo de esto, evidentemente, un trasfondo de la creación del pueblo de Dios en Egipto. Egipto era como una especie de fosa, fosa de deshumanización, fosa de corrupción.

Y Dios allí se sintió conmovido por esa especie de deshumanización colectiva que eligió a Moisés como instrumento para extraer al pueblo. Los trajo, los sacó y los llevó ¿hacia dónde? Hacia la tierra de promisión. Este movimiento vertical hacia arriba y luego horizontal es el que está en el caso del sepulcro. Hay que ver dos formas de enterrarse los judíos cuando eran ciertos personajes célebres importantes: había muchas veces las cavidades horizontales sobre una roca, una especie de puerta se abría; pero los sepulcros familiares solían ser especies de fosas cubiertas con una losa. Por tanto, una especie de pozo cubierto, normal... para evitar olores de descomposición y luego para evitar que alguien se cayera allí, evitar cualquier elemento de puro e impuro, no tocar cadáveres y demás.

Y Jesús dice: "Levantad, quitad esa losa". Hay aquí implícitamente en el evangelio de Juan una especie de fe incipiente. El hecho de quitar la losa es confiar ya en Jesús que va a hacer algo extraordinario. Y cuando Jesús hace su oración con ese olor putrefacto de un cadáver en descomposición, es entonces cuando, después de cuatro días —porque pensaban los judíos que al cabo de dos días el espíritu había dejado ya ese cadáver, era pura descomposición—, la voz del Señor es la victoria sobre la muerte absoluta. "Lázaro, ven fuera" y Lázaro sale.

Lo importante de esto es como lo que aconteció en el Japón: el epicentro que es Lázaro y luego en torno a Lázaro una comunidad que se va formando como el epicentro de un terremoto. El primer círculo son sus familiares, sus hermanas. El segundo son los apóstoles que están con Jesús, que han venido, aquel que dijo Tomás: "Muramos con él". El tercero son los judíos que habían ido para consolar a las hermanas. Esta es la primera comunidad que acoge la fe y recibe por anticipación los dones de la Pascua del Señor Jesús.

A partir de aquí, el evangelio de Juan va a ser que esta comunidad de fe va a ser el nudo, el centro de combate, el punto donde va a ser combatida constantemente por los incrédulos, los judíos. Querían matar a Jesús y luego a Lázaro, porque con ellos pensaban que esa comunidad se hundiría.

Se me ocurre a mí una cosa precisamente sobre la vida. Al visitar todo esto me he recordado un poco la cuestión de la reencarnación. Cuando nosotros consideramos la teoría de la reencarnación, supone que el hombre está dividido en dos factores, el cuerpo y el alma. El cuerpo no tiene que ver, es inocente; el causante del mal es el alma. Por tanto, si morimos de forma injusta en el sentido que nos da, hay que purgarlo. ¿Y cómo se purgará? Pues con otra vida más, hasta que al cabo de vidas sucesivas esa alma quede purificada. Pero esto es más viejo que la pana, es la metempsicosis de la que hablaban los padres y procedente de las filosofías orientales.

Esto es imposible; porque nuestra vida... primero para la mentalidad judía no hay distinción entre cuerpo y alma. El alma no existe; somos seres vivientes y nuestra

identidad se va forjando ciertamente a dos niveles. El núcleo interior de nuestra vida, eso que llamamos espíritu, que dice San Pablo hoy, y la parte exterior que es la carne o el cuerpo. Son inseparables los dos y nuestra identidad se va forjando con lo que somos a través de un material. Primero, la herencia genética de nuestros padres. Segundo, la historia, el trazo de historia donde hemos nacido. Tercero, los impactos sociales que hemos recibido durante toda nuestra vida. Y eso es irreplicable. No podemos coger un núcleo solamente y separarlo para que después en otra época volvamos otra vez a la vida. ¿Qué quiere decir todo esto? Que tenemos que vivir nuestra vida con la máxima intensidad posible porque no hay más que una.

Y esta máxima intensidad posible como creyentes es abrirnos a aquella palabra de Jesús que es el dador de la vida. Dador de la vida es el espíritu, lo recitamos en el credo: "Señor y dador de vida". Este espíritu que animó a los huesos de Ezequiel y les dio la vida. Ese mismo espíritu manifestado por la palabra de Jesús: "Lázaro, ven afuera". Es imposible lanzar esa palabra sin el aliento que brota de los pulmones de Jesús, es decir, sin el pneuma, sin el Espíritu Santo, que es el que da la vida.

Y el espíritu en Jesús es el espíritu de la Pascua. La palabra de Jesús es el vehículo para transmitir el espíritu en nosotros. ¿Qué hace? Extraernos de la cloaca. Vivimos en mentiras, vivimos en egoísmos, vivimos en falsas seguridades, vivimos en promesas incumplidas, vivimos en superficialidades, vivimos en evasiones. Y otras cosas derivadas de esto son la gran cloaca de la existencia, el sepulcro en descomposición de Lázaro. Lázaro sal afuera.

Penetró el espíritu en él, lo purificó, lo renovó completamente y ya no murió. No murió porque no dice que Lázaro muriera. Hay un factor para mí general: nosotros quisiéramos saber cómo terminó el apóstol tal o cual, cómo murió. Nada. Tenemos que ir a las leyendas o a los libros apócrifos para ver cómo murieron. Los evangelios canónicos no dicen que ninguno de los que siguen a Jesús muriera. Ciertamente murieron, pero aquí el no morir expresa la vida que Jesús comunica mediante la fe.

Queda trascendida la vida como una mala noche en una mala posada; queda rebasada y queda transformada. Habría incluso que contar aquel otro pasaje que también hace días proclamamos del profeta Ezequiel: el agua que brota del templo y va a desembocar en el lago de aguas salobres, el mar Muerto. Y allí comunica la vida. Allí es distinto, allí es penetrar en el lago, en la corrupción, en la cloaca y transformarla. Aquí es extraer de la cloaca.

Lázaro sale para mí con los vendajes para expresar esa mortalidad que era transformada, sublimada por la fuerza del espíritu. E inmediatamente salió así, pero se desprendió de ellas porque apareció como criatura nueva. Esto es la prolepsis o anticipación del misterio de la Pascua.

Es la primera comunidad antes de la muerte de Jesús, el núcleo de la primera comunidad pascual, la comunidad de Betania que transmite a través del milagro de Lázaro la vida como una especie de terremoto en tres círculos concéntricos: las hermanas de Lázaro, los discípulos de Jesús y los judíos amigos de la familia de Lázaro y Marta y María. Es la primera comunidad de creyentes. Creyeron en él; así termina el evangelio. Muchos que habían venido a causa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él y recibieron esa vida.

Vamos a prepararnos ya para la fiesta de Pascua, a la dimensión de Pascua, y pensar que la auténtica renovación de nosotros requiere una limpieza total, un dejar los vendajes de nuestra propia corrupción, de nuestra propia vida, una sustitución por la vida nueva de Jesús. Y no, como dijo este gran comentarista —por muchos méritos que tenga—, para volver a cogerlas de nuevo porque las va a necesitar para una segunda muerte.

Que el Señor nos ayude, nos ilumine siempre nuestro propio caminar y encontremos siempre a través de esta vida, de este combate; dar lo máximo posible, tomar la vida con la máxima seriedad, haciendo nuestra vida una receptividad constante para que la palabra de Jesús, su vida y su gloria, que es la energía del Espíritu, nos trascienda y nos transforme.